LA AVENTURA DE LOS NARRADORES DEL *QUIJOTE*

COLBERT I. NEPAULSINGH

Todos los críticos concuerdan en que la narración del *Quijote* es realizada principalmente por cuatro personajes: el primer autor, el segundo autor, el traductor morisco y Cide Hamete Benengeli. No están de acuerdo siempre sobre la relación entre sí de estos narradores principales. Para George Haley la persona que empieza la narración de la novela es un "yo incógnito"[1] que cede la narración al final del Capítulo VIII a un "segundo autor." Para Forcione este primer "yo" narrativo puede ser Cervantes mismo,[2] mientras que para Percas de Ponseti el primer "yo" es convertido por Cervantes "en un personaje bajo tres figuras ... tres desdoblamientos de Cervantes que escriben la misma historia, y ninguno de los cuales es, por su caracterización, totalmente ni en todo momento identificable con él."[3] Para John J. Allen es el segundo autor el que empieza la novela y que representa a Cervantes.[4]

Existe el problema de la identidad de los narradores y de su relación entre sí, porque muchos críticos no creen en la existencia de Cide Hamete Benengeli antes del Capítulo VIII. Dice Ruth Snodgrass El Saffar, por ejemplo, que "es interesante recordar que, en realidad, Cide Hamete no apareció en la novela hasta el capítulo 8," y opina Soons que "la historia de Cide Hamete es, desde luego, sólo una sección del libro entero. Los ocho primeros capítulos de la novela quedan fuera de ella."[5] Riley había percibido el problema y nos recuerda[6] que, aunque no hay mención específica del nombre Benengeli antes del Capítulo IX, don Quijote, y por supuesto Cervantes, están pensando en el Capítulo II de un "sabio encantador ... a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia."[7] Riley también apunta la dirección de la solución al problema pero deja la impresión, cuando habla de "la primera persona singular de Cervantes: 'de cuyo nombre no quiero acordarme' "[8] que la primera voz narrativa es de Cervantes o de una mezcla de Cervantes y Cide Hamete, que Trueblood había llamado "Cide-Cervantes."[9]

La primera voz narrativa no es incógnita como afirma Haley, ni es de Cervantes o de Cide-Cervantes, según otros críticos, sino de Cide Hamete Benengeli. El lector no acierta en la identidad del que dice las primeras palabras "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme" hasta leer las últimas "cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente," (tomo VIII, 264-5); esta última declaración es la interpretación que ofrece el editor o segundo autor de la obra al lector prudente, y es la responsabilidad del lector de aceptarla o rechazarla, como se discutirá abajo. Es, además, una técnica que Cervantes utiliza también con Maese Pedro, cuya identidad es revelada por Cide Hamete sólo después de la representación y destrucción de su retablo. Por esto, es imposible decir a ciencia cierta cuándo Benengeli fue inventado: puede ser antes o depués del Capítulo VIII. De todos modos, aunque es interesante poder precisar el momento de la creación de Benengeli, siempre importa más la concepción última del artista que el proceso creador para conseguirla. Es obvio que Cervantes, en su concepción última del *Quijote*, si no desde el principio mismo, deseaba que las primeras palabras pertenecieran a Cide Hamete Benengeli.

Significa esto que toda la novela, incluso los primeros capítulos, está basada en una versión u otra del original de Cide Hamete. Tenemos en primer lugar la versión truncada en ocho capítulos hecha por "el primer autor" y transcrita, se supone que fielmente y sin comentarios hasta donde termina, por el "segundo autor." Una vez concluida esta versión corta, se aumenta la responsabilidad del "segundo autor," y éste no se limita a transcribir, sino que comenta la traducción de su empleado, el morisco aljamiado, de una copia del original de Cide Hamete que dura hasta el fin de la Primera Parte. Este segundo autor encuentra la Segunda Parte del original de Cide Hamete aunque no nos dice cómo, y manda una traducción que edita y comenta. El segundo autor, entonces, es responsable de todo lo que leemos: copia la traducción del primer traductor, y añade sus propios comentarios a la traducción del morisco aljamiado. Todas las traducciones se remontan al original de Cide Hamete.

¿Qué tipo de narrador es este Cide Hamete? Se suele repetir que es omnisciente aunque, paradójicamente, con las limitaciones de un historiador. Dice Riley que "como cronista, aunque de autoridad dudosa, es el deber de Benengeli de atenerse a la verdad de la historia. Como hechicero sabe aquellas cosas secretas que traspasan la documentación histórica."[10] Y Haley, Allen y El Saffar, siguiendo la pauta de Riley, repiten la misma idea. Para Haley, Benengeli "es medio hechicero a causa de su omnisciencia, lo cual no le impide el uso de documentos históricos, y medio historiador a causa de su dedicación a la verdad...."[11] Para Allen, "la versión de Cide Hamete, como las fuentes de los capítulos I-VIII, es omnisciente.... Pero hay limitaciones curiosas e intermitentes a la omnisciencia de Cide Hamete."[12] Y, para El Saffar, Benengeli "es a la vez 'sabio' e 'historiador,' omnisciente y limitado."[13]

Riley había basado su opinión de Cide Hamete en parte sobre las investigaciones de Willis y de Stagg. Según la teoría de Willis, las palabras de Cide Hamete están vinculadas, conforme a la historiografía árabe, a la verdad divina de Mahoma mediante expresiones como "dice la historia": "Cada vez más," dice Willis, "las palabras de Cide Hamete empiezan, irónicamente, a parecerse a la Palabra. Su autor es omnisciente (salvo cuando Cervantes prefiere hacer dudar al infiel).... La presuposición es, desde luego, que la verdad más auténtica es la que emana de Mahoma, y la cadena pretende remontarse tan cerca como posible a él."[14]

Esta idea de una fuente divina para las palabras de Benengeli fue expresada mucho después por F.W. Locke que creía que "el *propio original* y la obra de Cide Hamete son bien distintos" y que el propio original era obra de un dios omnisciente de cuya versión depende Cide Hamete.[15] Stagg demuestra con razones impecables que Cervantes estaba pensando en los morabitos de Argel cuando escogió el nombre de Cide Hamete.[16] Stagg cita a Willis pero omite la referencia de Willis a la omnisciencia de Benengeli, de modo que Stagg, andando con más cuidado que los otros críticos, establece la semejanza entre Cide Hamete y los sabios morabitos y simultáneamente recuerda la acusación de mentiroso dirigida a Benengeli pero no se aprovecha de la oportunidad ofrecida a cada lector prudente en varias partes de la novela de decidir el caso por sí mismo.

No puede ser accidental el que se apele varias veces a la discreción del lector del *Quijote*. En el prólogo de la Primera Parte Cervantes se dirige a su "lector carísimo" con las siguientes palabras: "Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respecto y obligación, y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere...."[17] En el último capítulo de la Primera Parte el segundo autor, el editor de la novela, "no pide a los que la leyeren... sino que le den el mesmo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías."[18] El autor del original, Cide Hamete, en vez de manifestar su omnisciencia, deja la decisión final sobre la aventura de la Cueva de Montesinos en manos del lector con las siguientes palabras: "y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más."[19] Es obvio, entonces, que según las declaraciones del autor de la obra, Cervantes, y de sus narradores principales, cualquier buena interpretación de la obra depende, al fin y al cabo, de la discreción del lector prudente.

Tenido esto en cuenta no sería prudente decir que Cide Hamete es omnisciente, porque creer en la omnisciencia de Benengeli equivale a caer en la manía de don Quijote, a afirmar la superstición de Sancho y a reflejar los prejuicios del segundo autor. Es Sancho quien se maravilla haciéndose cruces al saber que el historiador pudo escribir cosas que pasaron él y su amo a solas, y es don Quijote quien le contesta: "debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir."[20] Es el "segundo autor" quien califica a Benengeli de mentiroso. El lector prudente, como Cervantes mismo, sabría que no es la primera ni la última vez que don Quijote imagina a encantadores ni que Sancho tiene miedo. Y el mismo segundo autor que condena a Benengeli también lo agradece al principio del capítulo cuarenta de la Segunda Parte diciendo que:

> real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero.... Pinta los pensamientos, discubre las imaginaciones, responde a las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta.[21]

Es esta última declaración del segundo autor, más que nada, la que parece apoyar la omnisciencia de Cide Hamete. Pero el lector prudente recordará que tal declaración viene después de la confesión humilde de Cide Hamete en el Capítulo XXIV de que no puede más en acertar la verdad de la aventura de la Cueva de Montesinos. En realidad Cide Hamete es tan omnisciente como Maese Pedro y su famoso mono cuya aparente omnisciencia se consigna del modo siguiente: "antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y a qué personas, y llevándolas bien en la memoria...."[22] (La referencia a la memoria aquí tiene significación, como se verá después.) De un modo semejante no hay detalle, pensamiento, imaginación o deseo que no pueda provenir de las fuentes ordinarias del historiador Cide Hamete. Basta con un solo ejemplo que servirá de patrón para cualquier otro caso. El lector se enfrenta con estas palabras de Cide Hamete, que al principio parecen proceder de un narrador omnisciente: "a Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija...."[23] Pero es el mismo Sancho quien publica después sus deseos en su carta a don Quijote (II: 51). Cuando Sancho se cruza con pavor frente a la sabiduría de Benengeli el lector prudente recordará que es el propio Sancho quien hace poco discutía con toda la vecindad los detalles más rebuscados de las aventuras de don Quijote. Le pregunta don Quijote, "¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar?" y Sancho contesta, "por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuesa merced ni a mí nos dejan hueso sano."[24] De un modo parecido cualquier otra semblanza de omnisciencia por parte de Cide Hamete se remonta a la fama y a la memoria de los manchegos. Cide Hamete Benengeli es un historiador arábigo y manchego, posible pariente de un arriero que había peleado con don Quijote (I:16), y todo lo que nos dice se basa en "escrituras auténticas" y en lo que "la fama ha guardado en las memorias de la Mancha."[25] Aunque su nombre sugiera los morabitos de Argel, aunque su estilo refleje la tradición divina de la historiografía árabe, aunque tenga fama de omnisciente, en realidad no lo es; tampoco es mentiroso, que se sepa a ciencia cierta; sus fuentes no se remontan a Mahoma sino a la fama y a las memorias de los manchegos. Cide Hamete Benengeli es un narrador limitado a sus fuentes de información y el que aparezca de otro modo es una burla eficaz que el lector prudente sabrá apreciar.

Se ha dicho con mucha razón que "mientras prosigue el hilo de la novela la tarea narrativa de Cide Hamete vuelve a ser una misión tan militante como la profesión caballeresca del héroe.... Al colgar su pluma, que le ha servido también de arma, Cide Hamete cumple con una conclusión que corresponde con la entrega del héroe de su espada."[26] Y, en efecto, la gran aventura de los narradores principales del *Quijote* es asentar con las letras la verdad acerca de su héroe; tres hombres de letras (un historiador árabe, un traductor morisco y un editor cristiano) luchan por la fama de un hombre que, según Américo Castro, era cristiano nuevo. A cada uno de los narradores le corresponde una

aventura particular: Cide Hamete lucha contra Avellaneda, el morisco lucha con el estilo de Cide Hamete y el editor lucha contra los manuscritos incompletos.[27] Pero hay otro aspecto más amplio de esta gran aventura que toca no sólo a los narradores principales sino también a los narradores menores de la obra, y este aspecto no ha sido comentado, que yo sepa: Cervantes, en su dramatización del modo de narrar una historia, está jugando con el concepto "fama—olvido."

La gran aventura de los narradores del *Quijote* consiste en establecer la fama del protagonista, y el obstáculo mayor que les impedimenta es el contrario de la fama—el olvido, en todos los sentidos de la palabra, incluso el sentido ordinario de no recordar, porque la fama depende en gran parte de la memoria ordinaria. Uno de los primeros narradores menores de la novela, el cabrero que cuenta la historia de Marcela confiesa durante su narración que había olvidado el detalle que para don Quijote bien podía ser de mayor importancia: "Olvidábaseme de decir cómo Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas."[28] A Sancho le había aburrido el modo de narrar del cabrero, pero aunque su estilo es distinto, Sancho depende, como narrador, enteramente de la memoria; "Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél."[29] Es decir qué el olvido forma parte básica de la estética narrativa de Sancho. Cuando se le olvida a don Quijote que no debe interrumpir, se desploma toda la narración de Cardenio. El juicio que hace don Quijote en favor de los galeotes se debe a lo que estos narradores autobiográficos dejan de decirle y a lo que don Quijote se olvida de preguntarles; don Quijote se descuida de la observación del guarda que lleva "el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados" (II: 161), y su juicio final de que "el torcido juicio del juez hubiese sido la causa" de la perdición de los galeotes (II: 185) se basa en las versiones incompletas de éstos y en sus preguntas inadecuadas, sin tomar en cuenta la interpretación del juez cuyo "torcido juicio" está acusando. Maese Pedro olvida un detalle histórico de su narración que don Quijote corrige, y éste destruye el retablo al olvidar que no es más que una representación ficticia.

En la Segunda Parte de la novela todos los narradores dicen que van a abreviar deliberadamente sus historias para conformar con el intento de evitar las digresiones de la Primera Parte.[30] Por consiguiente crece el número de anécdotas en la Segunda Parte: hay dos en el prólogo mismo, y el Barbero y Sancho Panza cuentan anécdotas a expensas del héroe. El encanto de la anécdota y del anunciado estilo breve de la Segunda Parte yace en lo que el narrador deja de narrar, o sea, en el olvido deliberado del narrador. Concuerda esta técnica narrativa del olvido con la declaración de uno de los narradores principales, Cide Hamete, que según la paráfrasis del editor, "pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir."[31]

Pero el caso más destacado de un narrador menor, en cuanto a la técnica narrativa del olvido, es el de Dorotea. Después de narrar su historia autobiográfica y verdadera, Dorotea decide hacerse narradora de una historia ficticia, pero esta narración empieza con un olvido: "—Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos que a mí me llaman.... Y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le había puesto."[32] No puede ser accidental que Dorotea, como narradora ficticia, empiece su historia de un modo muy semejante al de otro narrador ficticio, Cide Hamete, cuya historia empieza también con un olvido deliberado: "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme." Si Dorotea comienza con un error que amenaza la verosimilitud de su historia, muy pronto aprende a trastrocar el olvido artísticamente y finge olvidar el nombre de don Quijote también: "... hallando a un caballero andante ... el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote, o don Jigote."[33] Igualmente Cide Hamete, reconociendo que no conviene a la fama de su héroe el no querer acordarse al principio del lugar, trastrueca el propósito del olvido y declara al final, según el editor, que lo hizo "por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele...."[34] La gran aventura de los narradores del *Quijote* concuerda, entonces, con uno de los temas centrales de toda la novela, porque los narradores descubren que con la técnica narrativa del olvido se puede lograr la fama, es decir, que no hay defecto u olvido que con ingenio no pueda ser convertido en arte.[35]

State University of New York at Albany

[1] "The Narrator in *Don Quijote:* Maese Pedro's Puppet Show," *MLN*, 80 (1965), 146.

[2] *Cervantes, Aristotle and the "Persiles"* (Princeton, 1970), p. 157.

[3] *Cervantes y su concepto del arte* (Madrid: Gredos, 1975) p. 87.

[4] *Don Quixote: Hero or Fool?* (Gainesville, 1969), p. 11. Allen trata el tema de nuevo en "The Narrator, the Reader and Don Quixote," *MLN*, 91 (1976).

[5] El Saffar, "The Function of the Fictional Narrator in *Don Quijote*," *MLN*, 83 (1968), 176; véase también su *Distance and Control in Don Quixote* (Chapel Hill, 1975); Soons, "Cide Hamete Benengeli: His Significance for *Don Quijote*," *MLR*, 54 (1959), 355.

[6] *Cervantes's Theory of the Novel* (Oxford, 1962), p. 209; véase por el mismo autor, "Three Versions of Don Quixote," *MLR*, 68 (1973), 807-19.

[7] Nueva ed. crít. dispuesta por Francisco Rodríguez Marín (Madrid, 1947), tomo I, p. 105. Todas las citas son de esta edición.

[8] *Cervantes's Theory*, p. 209.

[9] "Sobre la selección artística en el *Quijote:* 'lo que ha dejado de escribir' (II, 44)," *NRFH*, 10 (1956), 46.

[10] *Cervantes's Theory*, p. 212.

[11] "The Narrator," 147.

[12] *Don Quixote: Hero or Fool?*, pp. 13-4.

[13] "The Function," 165.

[14] Willis, *The Phantom Chapters of the Quijote* (N.Y., 1953), pp. 100-1.

[15] F.W. Locke, "El Sabio Encantador: The Author of *Don Quixote*," *Symposium*, 23 (1967), 46-61.

[16] Geoffrey Stagg, "El Sabio Cide Hamete Venengeli," *BHS*, 33 (1956), 218-25, sobre todo en 224; para una discusión de los ocho primeros capítulos, véase su "Sobre el plan primitivo del *Quijote*," *Actas del Primer Congreso de Hispanistas* (Oxford, 1964), pp. 1-9.

[17] Ed. Rodríguez Marín, tomo I, pp. 19-20.

[18] Tomo III, p. 424.

[19] II:24, tomo V, p. 192.

[20] II:2, tomo IV, p. 77.

[21] Tomo VI, pp. 183-4.

[22] II:27, tomo V, p. 263.

[23] II:49, tomo VII, p. 116.

[24] II:2, tomo IV, pp. 72, 75.

[25] I:52, tomo III, p. 423.

[26] Haley, "The Narrator," 147.

[27] En el Capítulo LXXII de la Segunda Parte Cide Hamete repite cómo don Quijote insiste en una declaración por parte de don Alvaro Tarfe contra una historia "compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas" (tomo VIII, p. 233), y en el Capítulo LXXIV el mismo Hamete recuerda cómo don Quijote pedía un testimonio "para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas" (tomo VIII, p. 264). En el Capítulo V de la Segunda Parte se discute el conflicto entre el traductor morisco y el estilo de narrar de Cide Hamete: "Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo . . .; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía" (tomo IV, p. 121). La lucha del editor con los manuscritos incompletos está descrita en los Capítulos VIII y LII de la Primera Parte.

[28] I:12, tomo I, p. 336.

[29] I:20, tomo II, p. 102.

[30] Véase mi estudio "*Cervantes, Don Quixote:* The Unity of the Action" que aparecerá pronto en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos;* las referencias a la brevedad se encuentran en II: 19, (tomo V, p. 87), II:38 (tomo VI, p. 171), II:48 (tomo VII, pp. 82, 85), II:65 (tomo VIII, p. 135), II:60 (tomo VIII, p. 41). Y compárese el estilo de la Primera Parte donde se dice de Cide Hamete que "fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio" (I:16, tomo I, p. 427), el mismo estilo que produjo la crítica de Sansón Carrasco y que resultó en otro estilo menos expansivo en la Segunda Parte.

[31] II:44, tomo VI, p. 268.

[32] I:30, tomo II, p. 394.

[33] I:30, tomo II, p. 398.

[34] II:74, tomo VIII, p. 265.

[35] Quisiera agradecer a los profesores Edward C. Riley, Geoffrey Stagg, James Crosby, Daniel Eisenberg y Manuel Alvar varias enmiendas inestimables que sugirieron a la versión original de esta ponencia.